

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 1.º de Junio de 1933

Núm. 525

El Arte y los niños

—¿Quién ha hecho ese dibujo, Chau-
meté?
—Una niña de mi barrio. La pobre-
cilla tiene sólo cuatro años... ¡Así está
de raro!
—La verdad es que viendo dibujos así,
se le quitan a uno las ganas de estudiar
lo que es Arte! ¿No me negará usted que
los colores que le ha puesto a este
animal, que nadie sabe lo que es, tienen
poco de artísticos?
—Te equivocas, Chaumete. Este di-
bujito, invita como ninguno a hablar de
Arte, pues recuerda perfectamente lo
que el Arte más puro fué en sus ori-
genes.
—¿No le entiendo a usted!
—Los primeros pobladores de la tie-
rra, las gentes forzosamente incultas,
empezaron por imprimir a sus obras
una gran semejanza con lo que hoy co-
nocemos por dibujos de los niños; con
instinto que guía a los niños a trazar
rayas, cuando todavía desconocen lo
más rudimentario del dibujo.
—¿Y dibujaban así los salvajes?
—¿Cómo iban a dibujar? No olvides
que el Arte siempre fué para los anti-
guos un lujo o un juego, y de ahí la se-
mejanza del Arte primitivo con los di-
bujos con que juegan los niños.
Los salvajes, al fabricar sus herra-
mientas para servirse de ellas, por ins-
tinto, tendieron a darles formas bellas.
Al verse impulsados a defenderse, cons-
truyeron sus armas del modo más ar-
tístico también, sin atender con esto a
las exigencias de la necesidad, y sólo a
su sentido de lo bello, del Arte, que es
belleza siempre.
Por esta razón, la antigüedad de la
lanza, arte bello sin duda, y seguida-
mente el uso de la elocuencia, la músi-
ca, la pintura, etc., etc.
Todas estas artes, obedecieron a una
necesidad del espíritu, pero está proba-
do que los primeros pobladores de la
tierra sentían de tal modo su influencia,
que tendieron a cultivar el arte apenas
hallaron medio satisfechas sus necesi-
dades materiales.
El hombre primitivo tuvo siempre
predilección por los colores vivos, y de
aquí que tan pronto se pintara el cuerpo,
cosa que aún continúa haciéndolo, los
salvajes. Además, en las paredes de las
cavernas donde se refugiaba, grababa
animales y plantas con rara seguridad.
También se han descubierto pinturas
de esta naturaleza que se llaman hoy
prehistóricas. ¡Por donde puedes apre-
ciar, querido Chaumete, que el Arte co-
mo lo entienden los niños, viene a ser
tan importante como lo fueron los ver-
daderos orígenes del Arte, ya que todas
son iguales manifestaciones artísticas,
del que tan injustamente te has bur-
lado!
—¿De manera que dibujar mal, y pin-
tar peor, tiene también su mérito?
—No, saques la cuestión de quicio,
querido. He defendido el arte de esa po-
bre niña, porque si no recuerdo mal,
has empezado por decirme que sus di-
bujos no se prestaban a estudiar lo que

es Arte. ¡Y creo haberle demostrado
que es todo lo contrario!
—Ná... Está visto que no se pué uno
ni siquiera reír... porque la cosa más
tonta, resulta que tí mérito.
—Lo que resulta es que todos debié-
ramos ser más piadosos de lo que so-
mos en realidad, con todas las obras
ajenas, pensando siquiera que cuando
una obra de arte es perfecta, merece,
naturalmente, todos los respetos; pero
cuando es imperfecta, los merece tam-
bién, ya que el Arte, ha tenido que pa-
sar forzosamente por todas las imper-
fecciones para llegar a ser lo que es
hoy... ¿Piensas que en edades remotas,
no sería un verdadero genio de la pin-
tura el que emborronase la mezcla de
los colores; bastante más meritorio que
el pintor que ahora nos parece incluso
genial?
—Pues aplica esa teoría a todas las
cosas, y verás como demuestras bon-
dad de corazón y clara inteligencia ade-
más.

EL NIETO DEL ABUELO

EL MEJOR PREMIO

Tras un año de luchar
contra el tedio y la pereza,
y vencer con fortaleza,
la desgana de estudiar,
Juanito, un hermoso niño
que entre los libros famosos
y sus papás bondadosos
ha compartido el cariño
y en cuyo rostro sereno,
que rebosa simpatía,
puede leerse la alegría
y el placer que da el ser bueno,
junto a su buena mamá
espera con impaciencia
la ansiada y dulce sentencia
que su labor premiara.
Y, cuando a nombrar se empieza
a cada alumno premiado,
él se pone colorado
de los pies a la cabeza.
Por fin resuena su nombre,
porque también le han premiado,
y se siente entusiasmado,
porque empieza a ser un hombre.
Sube al estrado, y recibe,
el pecho lleno de gozo,
un libro bueno y famoso
que enseña como se vive.
Tan emocionado está
que sólo acierta a decir:
«¡Qué contenta al recibir
el premio, estará mamá!»
Beja y encuentra los lazos
que son su dulce embeleso:
da a su mamá mil abrazos
y recibe, en cambio, un beso.
El libro queda olvidado
junto a ellos en la silla...
Y ¡eso que es de un celebrado
literato de Castilla!
Es que el premio no es el don
malo o bueno que se da; es
el premio mejor está
en lo hondo del corazón.
El cariño y el amor
con que mamá le ha besado,
esto sí que le ha premiado;
éste es el premio mejor.

A. BOSCH Y ANGLADA

LECTURAS INFANTILES

¡Honrad al maestro!

Miguelito y Corina contaban en la mesa, a la
hora de la comida, su día escolar. Cada cual re-
fería a su turno lo que hizo y lo que dejó de ha-
cer.
Miguel, al final del relato, manifestó que el
maestro estuvo triste todo el día.
—¿Por qué?—preguntó el abuelo.
—Uno de sus discípulos no supo cumplir con
un deber de cortesía, según le oí decir al mis-
mo maestro—respondió el niño.
—¡Ah, estos chicos de ahora, carentes de to-
do respeto hacia sus superiores! En mis tiempos
y en el de vuestros padres, no sucedían estas co-
sas—dijo el abuelo moviendo la cabeza melancó-
licamente.—Veamos: ¿cuál es la falta de este ni-
ño, capaz de poner triste al maestro?
—Dicen que el chico iba sentado en el tran-
vía, cuando subió el maestro; no había un asien-
to libre. El niño dió vuelta la cabeza, miró al
maestro, y no lo saludó, ni le cedió el asiento.
—¡Qué mala educación!—exclamó el padre
de Miguelito.
—¡Una horrible mala educación!—dijo a su
vez sublevado el anciano. Esto me trae el recuer-
do de aquel emperador romano que se conoce
con el nombre de Teodosio el Grande, quien en-
trando un día en el cuarto de estudio de su hijo
Arcadio, vió con sorpresa al maestro de pie y al
joven sentado con toda comodidad. Indignado por
aquel acto descortés, dijo al hijo:
«Levántate y cede la silla a tu maestro. Tú,
hasta este momento no tienes ningún mérito; en
cambio tu maestro es estimado por su gran inte-
ligencia y su vasta cultura. ¡Levántate! Cédete
el lugar y escucha con respeto las verdades que
él te enseña.»
—¡Que bien hecho!—exclamaron todos los
comensales.
—Sí, porque la labor del maestro de escuela
es de un valor inestimable—prosiguió el anciano.—Lo mucho o lo poco que parte del pueblo
aprende, los ideales que alientan en su alma al
iniciarse en la lucha diaria, son en mucho obra
de la escuela.
—¿Claro! ¿Quién sino la maestra forma el ca-
rácter y guía el niño?—dijo a su vez el padre de
Miguelito.—¡Yo me enternezco al recordar los
consejos y las enseñanzas de mi maestra de la
escuela primaria.
—Los nombres de mis maestros son recorda-
dos por mí con veneración—dijo el abuelo con-
movido.—Estos nombres están siempre junto a
los muy sagrados de mis padres...
Llegado a este punto, el anciano no pudo
continuar, la emoción lo ahogaba. Repuesto de
ella, cariñoso y jovial, dirigió a sus nietos estas
palabras:
—¡Honrad al maestro! Escuchad con aten-
ción sus lecciones y con respeto sus paternales
palabras; dadle el sitio de honor en donde quie-
ra le encontréis y hacdedle sentir en todas partes
y siempre la gratitud de vuestras almas!—A. de I.
W.

La isla de la Corea

El mundo está lleno de misterios y de curiosi-
dades. Cada raza aporta un caudal de descubri-
mientos y de costumbres completamente ignora-
das que sirven para contrastarlas y ponerlas en
evidencia al pensar en la distancia que las sepa-
ra de la civilización y de la cultura.
Como la mayor parte de los pueblos atrasa-
dos, la Corea, que se encuentra inserta en lo que
pudiéramos llamar el protectorado japonés, es
fanática y supersticiosa. Buda es la religión rígi-
da y acogida por el pueblo.
En las vastas llanuras vemos levantarse pe-
queños y grandes templos donde los creyentes
oran y cumplen sus prácticas religiosas. Y con-
vengamos que en estas manifestaciones del culto,
los coreanos han sabido erigir verdaderas obras
de arte en donde resplandece el estilo más per-
sonal y nuevo de todo el Oriente Extremo.
Corea es el país de la mañana en calma como

dice el viejo refrán oriental. Todo está dominado
y dirigido por los japoneses. Algo así como el
protectorado de España en Marruecos.

La población de Corea suma unos doce millo-
nes de habitantes y está atravesada por diversos
ferrocarriles construidos por los mismos japone-
ses. Tiene minas de hierro de un valor estimable.
Bosques en los que se crían maderas exóticas de
precios muy altos.

Posee además este país minas de carbón que
aún no han llegado a ponerse en buenas condi-
ciones de producción debido a la lentitud con que
todas las cosas marchan en este indolente te-
rreno.

Según se ha comprobado, los coreanos son
descendientes de una raza japonesa, aunque bas-
tante menos enérgica y activa que ésta. Aman la
tranquilidad y son tan pacíficas que es muy digna
de estudiar esta particular condición.

Una de las producciones que mejor se da en
el país, es la cosecha de arroz. Se diferencia del
nuestro en que aquél está menos seleccionado y
tiene un color amarillo que no gusta al mercado
europeo. Los alemanes usan este arroz y tiene
un buen consumo en el imperio. Pero no vaya a
creerse que tiene aplicación, es para la cocina.
El arroz no se come en Alemania. Se vende en
las farmacias y se utiliza para cataplasmas y co-
sas parecidas.

En cambio los coreanos, puede afirmarse que
su alimentación diaria y permanente es el arroz.
Unas gachas insustanciales y desagradables que
solo pueden ser digeridas por aquellos estómagos
todavía no acostumbrados a saborear las delicias
de la cocina moderna.

La Corea realmente, es una isla. Sus fron-
teras están limitadas por los ríos Yalou y Turmen.
Estos toman su nacimiento en un mismo lago pa-
ra ir a desembocar uno al este y el otro al oeste
de la isla.

La capital es Seul y no ofrece ninguna nove-
dad interesante a no ser sus calles llenas de pol-
vo y basuras en el estío y de charcas y barro en
el invierno. Los templos en ruinas que se en-
cuentran diseminados por los exteriores de la po-
blación presentan una nota algo interesante.

También es interesante contemplar las banda-
das de presidiarios uniformados. A éstos les está
asignada la limpieza y conservación de las calles.
Van formados en brigadas de seis hombres y al
mando de cada uno de estos equipos, va un fun-
cionario de la administración japonesa.

Conviene advertir que estos reclusos y hom-
bres delincuentes no pertenecen a la Corea. Son
japoneses que su país destierra y los sitúa en lu-
gares donde cree que pueden prestar mejores
servicios que en la ociosidad de un presidio.

Son presidiarios también los hombres que en
los grandes lavaderos atienden a la limpieza de
las ropas. Se calcula en varios millares los que
están dedicados a esta atención.

Las agrupaciones femeninas de trabajadores
son muy importantes figurando en primer lugar
la organizada por las modistas. A pesar del atra-
so en las costumbres, las coreanas son mujeres
algo presumidas y no se avienen a perder la co-
quetería del sexo. Las modistas tienen buenos
sueldos y constante ocupación. Un caso raro. La
ropa que ha sido cosida, antes de utilizarla la da-
ma, se lava.

Mientras nosotros para nuestras penas y des-
gracias familiares ponemos el negro en nuestros
trajes y vestidos, ellos son completamente dife-
rentes. Un coreano, sea del sexo varón o hembra
con un traje blanco, advierte que ha sufrido un
dolor familiar.

¿Como se averigua la importancia o como se
clasifica este dolor? De la manera siguiente: Si
la persona que se ha perdido es un padre, en-
tonces, el coreano se ciñe una cuerda en el traje
blanco; si es un cinturón de trapos rotos, anun-
cia que se ha perdido una madre.

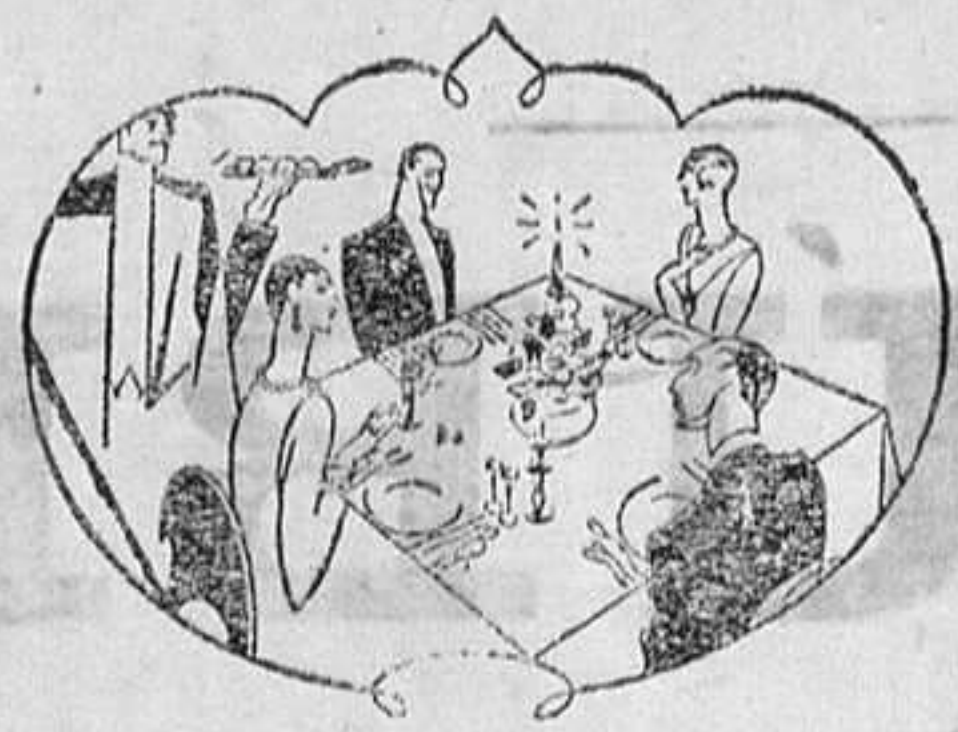
Los hombres llevan sombreros muy anchos,
construidos con juncos de bambú y éstos les dan
una apariencia muy triste.

La capital de la Corea o sea Seul, está ro-
deada de una alta muralla, actualmente en ru-
inas. Sus puertas gigantescas le dan a la ciudad
un aspecto de grandeza extraordinaria, con la
estatua de Buda en mármol blanco.

EL CUERDO LOCO

—Compadre (dijo un andaluz a un amigo suyo) es menester que me largue los cuartos que me debe, o que disponga a seguirme a casa del Alcalde.
—Viva usted mil años, replicó el deudor, como es cierto que daría mi alma a Dios de tan buena gana como a V. el piquillo que le debo.
—No lo dudo, pero eso lo dirá delante del Alcalde.
—No hay inconveniente, pero ve que no es decoroso que yo vaya en ese traje a casa de su señoría. Si V. me prestase su capa...
Al momento, añadió el acreedor, y le prestó su capa.
—Ya delante del Alcalde y echa la demanda.
—El señor dice (expuso el Alcalde) que le debe V. doscientos reales.
—Es cierto. Pero ¿justa no conoce (repuso el deudor) que el señor está orate? Hace más de un mes que ha dado en la manía de decir que todo el mundo le debe. ¡Mucho es que no le haya antojado que la capa que llevo es suya!
—Pues ya lo creo que lo diré como que se la he prestado.
—Basta (replicó el Alcalde) ¡vayanse VV. con Dios. Y si no quiere V. dormir en la cárcel, le dijo al arrendador, haga V. de no cansarme con sus locuras.

La conversación en la mesa



Delante de los niños no deben tratarse temas cuya trascendencia no puedan apreciar, y que repetidos inconscientemente puedan ocasionar graves trastornos.
No debe hablarse de terceras personas ni referirse anécdotas tan gráficamente que queden grabadas en su imaginación.
Al recibir la visita de los aludidos, los niños no tardan en expresar su opinión y desentonar con una salida que nos sonroje.
Es incorrecto hablar de enfermedades, curaciones, hechos repulsivos y desagradables, que si en toda ocasión resultan poco gratos, lo son mucho menos cuando se llevan alimentos a la boca.
La conversación ha de ser tan moderada, que no provoque risas exageradas ni carcajadas ruidosas.
Es de mal gusto aprovechar que cualquiera de los comensales tenga la boca llena para narrar algo tan enteramente jocoso que le provoque la risa y cometa una incorrección.

El Vestido de Terciopelo

Cuéntase que había una niña que aunque de cuna modesta juzgaba que no era digno sino el vestido de seda.
Y el mérito de las niñas que llamaba compañeras se valoraba, a sus ojos por el valor de las prendas.
Ocurrió que cierto invierno hizo para las fiestas, su madre, un bonito traje, de terciopelo cereza.
Y la niña vanidosa cada vez que aquella prenda, se ponía, desdeñaba a sus pobres compañeras.
Mas, parece que el vestido, ante conducta tan necia, quiso dar a la niña una lección muy severa.
Así pues llegó un domingo, y la niña con tristeza oyó que su lindo traje le hablaba de esta manera:
«No quiero salir contigo pues llevándome, me afeas que al darme importancia a tí misma, me desprecias. Y pues tu juzgas que vales tan sólo cuando me llevas no quiero que por mi causa se humillen tus compañeras.»
GABRIELITA PORCEL

HISTORIAS RANCIAS

I OSIMANDIAS
Este rey egipcio, amante de las artes, edificó una biblioteca en cuya puerta mandó grabar esta inscripción: La medicina del alma.
Pero esta medicina no logró curarle de su vanidad. Sólo para luchar contra los etíopes organizó un ejército de cuatrocientos mil infantes y veinte mil caballos. Y solía decir: El que envidiare mi grandeza, igúleme en alguna de mis obras.
II EL PENSAR Y LA VIDA
Conocidísimo es el dicho de Descartes: «Cogito ergo sum», pienso, luego existo.»
Este mismo pensamiento lo encontramos en la poesía «Al Pensamiento», de Calderón de la Barca:
Mirad si bien me describe variedad tan singular, pues quien vive sin pensar no puede decir que vive.
Nuestro insigne dramaturgo y Descartes son contemporáneos. Este nació

en 1596 y Calderón en 1600. Con todo Calderón vivió más, pues alcanzó los 81 años.

III

TEATRO GRIEGO

Hoy el teatro y aún el cine nos parece una cosa tan natural que nos asusta pensar que hubo tiempos en que los hombres no conocían estas diversiones.
Los orígenes del teatro en muchos pueblos hay que buscarlos en fiestas de carácter religioso.
En Grecia, en las que se celebraban en honor de Dionisos se bailaba, representando al dios, el director de la orquesta. Más tarde se introdujo la costumbre de declamar uno sólo las glorias y vida del dios. Poco tiempo después ya estaba introducida en Atenas la tragedia.
El teatro griego, como todo su arte une al vigoroso sentimiento humano, un fondo de religiosidad.
Dícese que al teatro de Dionisos asistían unas 200 000 personas.

IV

D. RAFAEL RIEGO

El brigadier don Rafael Riego, debía acudir con un ejército a la pacificación de las colonias de España en América, que se habían sublevado.
Al llegar a Cádiz, se sublevó contra el Gobierno, para imponer la Constitución. Pero fué derrotado, hecho prisionero y condenado a muerte.
Confesó de modo tan edificante y ejemplar, que el capellán admirado le preguntó:
—¿Tuvo V. acaso alguna devoción particular, a la que podamos atribuir sus buenas disposiciones en esta hora suprema?
—Sí—contestó Riego—, desde niño he rezado siempre el santo Rosario.

V

ACOSTUMBRARSE AL VENENO

Mitrídates, rey del Ponto, inventó un contraveneno, para asegurarse contra posibles atentados. Pero tanto lo tomó y se acostumbró a él que llegada la ocasión de querer envenenarse no pudo.
En efecto, derrotado por los romanos y hecho prisionero, quiso arrancar se la vida, por no sufrir su vergüenza y su derrota, pero el veneno le respetó como las otras veces.

SILVERIO

LA CARIDAD

Haba en un pueblo un rico comerciante que tenía una hija llamada Carolina; tenía diez años y era muy buena y aplicada.
Un día Carolina fué a pasear con su madre por el bosque, llegaron a una casa de campo allí eran muy amigos y obsequiaron a la niña una taza de leche de las cabritas de los campesinos, pues éstos sabían que le gustaba mucho.
Carolina, muy contenta, se la iba a tomar, cuando vio que había un perro negro muy flaco, que le miraba ansiosamente la leche, que se le iba acercando, se fué a otro sitio allí encontró una pastorcita, llamada Conchita que estaba paicando unas cabritas.
Carolina dijo entre sí: Me tendré que ir, pero al girar para marchar con los ojos, esa cara tan flaca y amarilla parece que me ha comido en un mes, y dirigiéndose a Conchita dijo: ¿Tienes hambre?; la pastorcita le dijo: sí, y Carolina, llena de compasión, le dijo: toma mi leche; tómala, porque yo puedo comer toda clase de manjares.
Conchita la tomó con ansia, y a la mañana siguiente ésta llevó a casa de Carolina un pedazo de leche de sus cabritas, que ésta agradeció, cabo de unos años, la mamá de Carolina la hizo y la hizo camarera de su hija.
GLORIA PRUNERA DE MESA

SALDO DE CHISTES MALO

Entre amigos.
—¿Por qué no diriges la palabra a Pepito?
—Porque fué novio de mi mujer.
—¿Y qué?
—Que me carga que haya sido más que yo.
Un cesante lee en un periódico la lista de los donativos que desde todas partes mandan a Messina, y exclama entristecido:
—¡Qué desgraciado soy! Pensar que estoy a punto de ir allí días antes de ocurrir el desastre.
Una señora, refiriéndose a su marido, sabio lingüista que habla muy poco:
—Mi marido es un hombre de mucho ritmo; sabe callar en ocho idiomas.
Un individuo que tiene fama de ser un hombre con terribles apretones de mano, se encuentra con un amigo.
—¿Qué tal, cómo estás?—le dice, echándole la mano.
El amigo dando un grito:
—Antes de encontrarte a tí, divinamente me encontré con el Poder.
En un tribunal:
—El magistrado:—¿De modo que se acusa a usted autor del delito de que se le acusa?
El acusado.—Sí, señor presidente, dos copas de más en el cuerpo... y cuando tiene dos copas de más, ya sabe usá lo que pasa.
Un padre, cariñosamente a su hijo:
—Oye, Pepito; hace más de un año que estás al colegio, ¿qué sitio ocupas en la clase?
—El último; pero no te apures, papá, toca al lado de la estufa.
Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias. 17.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(59)

su amazona azul. Con una grande y agradable sorpresa he visto que el Conde se disponía a acompañarnos saliendo de su ostracismo en honor de sus parientes.
Fernando, en grupo con Ardieta que encendía pausadamente un cigarrillo, hablaba muy animado en un extremo de la balastrada. Abajo, el duque de Florán, mi padre, el Príncipe y Pilar, a caballo parecían aguardarme.
—¿Vamos?—les dije brevemente al tiempo que les saludaba con una inclinación afectuosa.
—Sí, vamos. Solamente esperábamos que usted bajase—dijome el Conde comenzando a descender la escalinata.
—Ha tardado usted pero puede perdonarsele,—dijo Ardieta echando a mi

sencillo traje de montar una elocuente mirada aprobatoria.
—Cuando usted quiera...
Y ayudada por el conde de Fenollar, monté ligera en mi hermoso Blak, un caballo inglés inapreciable, que al sentir sobre la seda de sus lomos el leve peso de mi cuerpo, comenzó a dar saltos y corcovas relinchando de alegría para emprender luego una loca carrera, espiral abajo...
Esto era algo peligroso pero yo montaba bien, y conozco sobradamente a Blak para saber hasta qué punto puedo dejarle seguir sus impulsos... Y, así, tranquilamente, le hubiese dejado correr (medio con el cual solía manifestarme su contento cuando le montaba), si un grito de angustia del viejo Duque, no me hubiese detenido.
—¡Tenga usted cuidado, señorita; ese caballo va a desbocarse!
Volví riendas, afirmé el freno demostrando al duque que sabía dominar bien mi montura y, con un trote elegante y ligero, mi hermoso Blak volvió a subir hasta el pie de la escalinata, donde el grupo me esperaba algo ansioso.
—Gracias, Duque. Le ruego no se

asuste más. Blak hace algunos días que no sale y me demuestra su regocijo. Eso es todo.
—Y usted se aprovecha de la alegría de Blak para lucir sus habilidades de amazona—añadió Carmen Cortezo con frase mordaz, que no cayó a ninguno de los presentes en saco roto.
Vi al Príncipe abrir la boca para decir algo muy cáustico, sin duda; a Ardieta clavar, en un esfuerzo por contenerse, la espuela a su potro que se encabritó relinchando de dolor; fruncir el ceño a mi padre y a Pilar y sofocar se violentamente al pobre Duque, irresponsable de las malevolencias de su hija.
—Medí de arriba a abajo, con una mirada en la que vibraba el desprecio, a la señorita de Cortezo, y me encogí de hombros. Y en medio del silencio general, hostil a la agresora, se elevó la voz de Fernando Cortezo, serena al parecer, pero con un ligero temblor de cólera apenas perceptible que no pasó inadvertido para mí.
—Efectivamente, puede hacerle Gloria; porque es una perfecta amazona y, si Alfonso se decide a llevarla a París el invierno próximo, le profe-

tizo un gran éxito en el Bosque. ¿No lo crees así también, Pedro?—terminó dirigiéndose al ruso.
—¡Que duda cabe...!—exclamó éste en una explosión.
Carmen Cortezo, muy pálida, se mordió los labios y, dando un fustazo a su corcel, comenzó a bajar la espi-ral a la cabeza de la caravana.
La ermita de San Blas, rodeada de algarrobos y pinos, descuellan en la cima de un cabezo con un copo de nieve. Las ventanas ojivales reflejan en las vidrieras los rayos del sol y les arrancan chispas de oro deslumbrantes. Desde la terraza, que la rodea, se abarca el mar sin fin, y las negras esfinges de unos cipreses son, desde la superficie cristalina, vigilantes fantasmáticas en la quietud de la noche o sombrillas protectoras en el calor del mediodía.
Un poco cansados por la ascensión pensosa entre peñascos, romeros, palmitos y retamas, los caballos buscaban la sombra de una pared.
Yo, había atado las bridas de Blak al tronco de una enclina y sentada en

el poyete al que daba sombra, miré pres, miraba embebida el paisaje fíador y soberbio. Había salido santo en su camarín y mientras demás admiraban las antigüedades ermitorito, que el viejecito santero seña con el mismo tonillo monótono idénticas palabras desde hace años, yo descansaba en el pretil, mirando el mar, surcado en lontananza por los bajeles de la pesca, pescadores de caña, ejercitaban su ciencia sentados en las rocas empinadas a trozos por lazos de aterlopeladas... Las gaviotas pesaban en la lejanía...
Hacia por pensar y no pensaba limpio.
Abrió de todo lo que me quedaba de sus viejas penurias, pero no sufrí el tiempo estuve así, sobre el pretil del ciprés, frente al infinito del resplandeciente de hémicos...
Unos pasos suaves me estremecieron. Al volverme, vi a Manuel Alvarado que venía también a sentarse a poyo.
—¡Ah... es usted?